

humildad la experiencia fundante que los salva. Sin embargo, la propuesta de Raúl Fornet-Betancourt es sugerente a la hora de hacernos conscientes de todo lo que de accesorio y relativo hay en nuestra experiencia religiosa del Absoluto.

Estamos ante un libro que despierta, por lo menos en los creyentes de la tradición católica que es la más enjuiciada, el diálogo y el afán de búsqueda profundo de verdad. **José Joaquín CASTELLÓN MARTÍN.**

Alfonso GARCÍA MARTÍNEZ, *La construcción sociocultural del racismo*, Madrid, Ed. Dykinson, 2004 (222 páginas, 15 x 21 cm, ISBN 84-9772-535-2)

Es un hecho evidente que el racismo golpea (sigue golpeando) con fuerza las mentes civilizadas de la sociedad "global" del siglo XXI. El siglo pasado (siglo de las sombras) ha visto muchos horrores racistas: el colmo fue el Holocausto, pero también debemos recordar el apartheid sudafricano, el exterminio tribal por los hutus en Ruanda, la limpieza étnica en Yugoslavia y otros muchos atropellos, aparte del racismo suave y nada sanginario arraigado en tantos pueblos de Occidente. Y todo ello doctrinalmente legitimado con mucha frecuencia.

Con el fin de investigar las raíces históricas del racismo y de contribuir a su superación se ha escrito este libro.

¿Cuáles son los supuestos históricos (biológicos, culturales) del

fenómeno racista? El concepto básico aquí es la raza. Diversificación de grupos humanos por la piel, el cabello, la configuración craneana etc... Una presunta ciencia biológica hizo enraizar las diferencias "insalvables" en la constitución genética de las diversas razas. Actualmente esto es científicamente insostenible. El autor desatiende la base fenotípica de aquella diversificación y concluye la inexistencia de las razas.

Su conclusión es radical: hay que llevar al ostracismo el término raza, desterrarlo de las mentes humanas, por difícil que esto parezca.

¿Qué pasa entonces con el racismo? Es sencillamente un constructo sociopolítico reciente. Aunque tenga precedentes lejanos en los antiguos griegos y

en la práctica esclavista, el racismo nace en el siglo XIX, el siglo de la expansión colonial de Europa. Lo sistematiza Gaubineau en un contexto científico y social caracterizado por el darwinismo. El racismo nace vinculado a la clasificación de las culturas, que hicieron los ilustrados, al desarrollo de la biología y de las ciencias sociales, así como al desarrollo industrial, con la consiguiente expansión económica y demográfica de la Europa imperialista.

Pero esto quiere decir que el racismo nace también vinculado a la Modernidad y esto a su vez significa que la Modernidad evoluciona habitada por una dualidad de tendencias en tensión: la del progreso y la razón, como valores objetivos y universales, y la del subjetivismo, que impone la afirmación excluyente de la pertenencia a la nación, a la cultura, a la etnia, al localismo en suma. Esa afirmación excluyente procede de la búsqueda defensiva de la propia identidad frente a los otros. Búsqueda potenciada por el proceso de globalización, pues esa identidad no es esencialista, sino relativa y estratégica, sometida a una historización radical. M. MARTINIELLO nos ofrece esta reflexión. "Cuanto mayor es la separación entre el ideal igualitario y las desigualdades reales,

más intensa es la búsqueda individual de refugio en identidades y culturas exclusivas, cuyo reconocimiento es reclamado. En cambio, cuanto más se reduce esta separación, más individuos hay, que optan por culturas abiertas y se contentan con su reconocimiento simbólico" (*Salir de los guetos culturales*, Barcelona, Bellaterra, 1998 p 24).

En el polo opuesto a toda evolución integradora está la adscripción a la diferencia, que puede incapacitar para el contacto libre con los otros, sin duda un derecho de estos otros. Por eso hay que reconocer en la práctica la necesaria complementariedad entre el derecho a la igualdad y el derecho a la diferencia. No se debería reivindicar la diferencia sin el previo derecho a hacerlo, es decir, sin presuponer prácticamente la igualdad. Pues si se reivindica la diferencia sin esa condición, fácilmente se desliza uno a la exclusión racial, que es tanto como decir a lo irracional. En efecto, el pensamiento racista no es original; no viene de un contacto con lo real, sino de una decisión; de un fondo visceral con un innegable carácter eruptivo.

Efectivamente, las sociedades ricas y globalizadas, invadidas en ritmo creciente por grupos

tan diversos venidos del hambre, están amenazadas por la formación en su seno de un cráter eruptivo, si no aciertan con la respuesta correcta para integrar a los otros.

¿Cómo debe ser esa respuesta correcta? rechazemos la asimilación, la acción de conformar a los advenedizos con los engranajes de la sociedad de acogida. Sería desculturación y despersonalización de los inmigrantes, un atropello peligroso. Tampoco es aceptable propiciar la formación de guetos, que implicaría desterrar de los espacios vitales a quienes no pertenecen a la cultura dominante. Cosa fácil de producirse, tanto por la acción institucional y por la inercia de la sociedad receptora, como por la tendencia al repliegue defensivo de los inmigrantes.

Queda por contemplar una doble propuesta. La primera es la del multiculturalismo, vigente en el mundo anglosajón. Reconoce la igualdad de derechos a todos los grupos étnicos, pero sin interrelación ni mestizaje: "iguales, pero no mezclados". Aún reconociéndoles por derecho un estatuto especial a las diversas minorías inmigrantes, es evidente que queda aquí excluida toda dinámica de integración social y de intercambio cultural.

Esto, a juicio del autor, no resuelve el problema de la segregación; al contrario, dado que invita a cada grupo a afirmar su identidad frente a los otros, puede ser una fuente de conflictividad.

El multiculturalismo pues se desliza hacia la legitimación y conservación ideológicas del capitalismo global. Acentúa lo diferente de cada cultura, propugna que cada inmigrante preserve su cultura y se afiance más en ella. No parece que haya aquí peligro de reivindicaciones sociales ni de grandes cambios.

La otra propuesta es la del interculturalismo. Parte de la necesidad de la integración social y cultural de ambas poblaciones, la autóctona y la inmigrante, en un proceso dinámico y recíproco. Presupone la participación activa de todos los implicados en la construcción y el cambio de las relaciones sociales. Se debe caminar por la vía de la profundización democrática hacia una democracia más plena.

Y esto mediante la interacción de los diversos actores en los diversos espacios comunes (escuela, barrio, trabajo, ocio). La clave está en la comunicación y en el diálogo.

La diversidad forma parte de nuestro mundo; se impone la implantación de la justicia para todos los valores culturales. No existe una respuesta única y universal, según la atinada observación de J. Habermas.

Así pues, intercultura mediante la interacción comunicativa. Ahora bien, esto implica:

- acostumbrarnos a ver a los grupos de inmigrantes comp. Parte integrante de nuestra propia sociedad;
- no sólo mejorar las condiciones materiales, también la percepción del otro en los terrenos socioeconómico, sociocultural y educativo. En este caso, el papel de la escuela no puede alcanzar mayor importancia.

Alfonso García Martínez argumenta con buena lógica a favor de sus tesis. Domina el contenido y el método de las ciencias sociales (sociología, pedagogía, psicología e historia). Y más allá de estas ciencias, recaba la asistencia de los filósofos, para dar cumplimiento a su discurso. Apela por ejemplo a E. Levinas y a G. Bello para el tema decisivo de la alteridad. En el diálogo intercultural, el otro, en vez de ser un enemigo imaginario, potencial, pero con

posibilidades de convertirse en real, es interlocutor simétrico, con igual derecho. En esa relación dialógica, el otro participa, como yo, de su propia identidad lingüístico-simbólica particular, sin despojarse de ella, esto es, sin acomodarla a la mía o, lo que es lo mismo, sin perderla ni reducirla a la mismidad de mi yo, como ha propugnado la filosofía de la conciencia o la tendencia liberal (G. Bello). Aquí se expresa la condición del verdadero encuentro con el otro, dejándolo ser "otro".

Es precisamente la preocupación de renovar el encuentro con el otro la propuesta final, que nos ofrece el autor:

"En nuestra cultura, aún mayoritariamente cristiana, el encuentro con el otro no tiene nada de evidente ni abierto, a pesar de que el substrato filosófico y religioso proponga una aceptación completamente abstracta de ese otro, que arbitrariamente proponemos como "hermano". Sin embargo, encontrar al otro en su vida concreta supone en primer lugar, enfrentarse a sus hábitos, sus extrañas maneras de hacer las cosas, a todo lo que configura la vida cotidiana y las relaciones entre los seres humanos.

Ésta es la razón, por la que estimamos desarrollar nuevas for-

mas de encuentro con el extranjero, que le permitan subsistir como tal y conduzcan a apreciar esa alteridad, que se escapa de toda comprensión categorial, el contexto y el beneficio del encuentro en sí mismo".

Resumiendo, un buen libro

sobre un tema del máximo interés y de la máxima urgencia. Escrito con el rigor sociológico y psicológico, que la cosa demanda, aún cuando el último razonamiento, que cierra dicho libro y que acabamos de citar, no tenga nada de científico. **José M^a GARRIDO LUCEÑO.**

Juan E. SCHENK SANCHIS - Vicente CÁRCEL ORTÍ, *Benedicto XV papa de la paz*, Valencia, Edicep, 2005 [278 páginas, 24 x 14 cm, ISBN 84-7050-845-8]

Con lo primero que uno se tropieza al asomarse al pontificado del papa Benedicto XV es que se desarrolla entre el 3 de septiembre de 1914 y 1922 y que la primera guerra europea se había iniciado el 28 de julio de 1914 y duró hasta 1918, con lo que la contienda ocupa una buena parte de su pontificado. Le sigue preocupando después de haberse hecho la paz, a causa de las situaciones calamitosas que provocó y a las que la Santa Sede no podía quedar indiferente.

El libro consta de dos partes, más un prefacio y un postfacio. En el prefacio, Vicente Cárcel Ortí nos ofrece una pequeña biografía con los rasgos apostólicos y literarios más interesantes de Juan E. Schenk Sanchis, fallecido el 26 de junio de 2001. La Primera Parte, muy breve, tiene por autor tam-

bién a Vicente Cárcel Ortí, y lleva por título «Benedicto XV, profeta de la paz», donde expone a grandes rasgos lo que fueron aspectos importantes de la vida de este papa. Hay una primera cosa que llama la atención. A pesar de lo mucho que trabajó durante su pontificado, para que se recompusiera la paz entre las naciones cristianas, lo ignorado que ha permanecido. Cualquiera de los pontífices anteriores o posteriores a él, suenan más que Benedicto XV, incluso en España, a pesar de algunas obras importantes que hizo para nosotros como fue el Seminario de Misiones extranjeras. Vicente Cárcel nos da incluso una lista de las cosas más importantes que llevó a cabo durante su pontificado en el gobierno de la Iglesia. Con respecto a su relación con los demás países, está el trabajo imponente que echó sobre